

la rima. En Miranda esta preocupación es notoria y está predeterminada por un estricto sentido musical:

AQUÍ SE DICE CÓMO
ESTABA DOLIENTE DON
SANCHO PORQUE NADIE
VENÍA DE CARTAGENA
A AYUDARLO

*Canta la rana, cojea la lluvia,
la mar es zozobra que salva el
rocío,
preludio de nada que prende
en el tiempo,
crueldad del asombro que
queda en el grito,
cadáver, cadáver del día que
muere perdido.
La noche se orilla,
borda el lucero la voz del
arrullo,
estatua de un sueño que crece
en el mármol,
piratas sin fígado que viandan
la historia,
malvados sin facha,
se suenan las ñatas,
se dan puntapiés,
se comen los mangos, chorrean
las patillas,
el zumo es esmalte que prueba
la sangre,
perfume que sube chirriando a
los montes,
canción que se pierde en la
boca más agria,
saliva que espesa con velos
la tarde.*

En otro plano, con otros intereses, el peruano Carlo Germán Belli ha realizado interesantes exploraciones del lenguaje arcaico y de las viejas rimas.

Hay cierto humorismo zumbón, sobre todo en la segunda parte de este libro, "Querencias del diablo y la murciélaga", poemas con largos y divertidos títulos, invocaciones de toda la zoología y frutas del trópico, de personajes históricos y, finalmente, como es usual también en los poetas nacidos en los 40, su acto de fe en la poesía:

[...]
La poesía, sí,

*golpe del destino tras la suerte,
absolutamente jamás intento
eterno,
mechón que alumbra en
simulacro la memoria,
sí, la poesía...*

D. J. A.

Eros, ¡presente!

Instrucciones para la nostalgia

Miguel Méndez Camacho
Domingo E. Taladriz, impresor.
Buenos Aires, 1984

"Miguel Méndez Camacho (Cúcuta, Colombia, 1942). Abogado, periodista, profesor de humanidades e ideas políticas, es actualmente ministro consejero de la embajada de Colombia en Buenos Aires. Ha publicado dos libros de poemas: *Los golpes ciegos* (1968) y *Poemas de entrecasa* (1971) y dos libros de crónicas y reportajes: *Papeles* (1978) y *Perfil y palote* (1983). *Instrucciones para la nostalgia* recoge algunos de los poemas publicados".

La anterior noticia figura en la página 91 de esta selección de 37 poemas escritos por este poeta de Cúcuta.

Una nota sobre Hárold Alvarado Tenorio es buen lugar para enunciar lo que, a falta de nombre —y reflejando una cómica analogía con lo que describe— podríamos llamar la cultilatiniparla de los poetas colombianos de los setentas. Y una nota sobre Miguel Méndez Camacho es terreno abonado para referirse al segundo rasgo común de estos poetas: el tema erótico. Se diría que estos poetas van de la cita bibliográfica a la cita erótica, fluctúan entre la letra y la carne.

En un país católico y rural, con rudos mecanismos de condena social para cualquier actividad sexual fuera del matrimonio, la poesía erótica era materia clandestina. Las primeras reivindicaciones del erotismo postulado tanto en el campo político como en el de la creación literaria, datan de los cincuentas y, en concreto, de la revista *Mito* y de Jorge Gaitán Durán. Después los nadaístas, lectores

de Henry Miller y dados al escándalo, escribieron poemas tan desenfadados como los de Jotamario. Los poetas de los setentas vivirán una Colombia urbanizada, donde los hechos físicos de hacinamiento y promiscuidad y el derrumbamiento de tabúes y sanciones sociales son los hechos de los cuales la abundante y muy explícita poesía del amor físico es una pálida manifestación. Adicionalmente, de diferentes maneras, según cada poeta, la relación carnal es tomada como única reivindicación, territorio exclusivo de la felicidad, libre de la peste de la desolación, única forma de éxtasis, única luz entre la total obscuridad:

LA SOLEDAD

*Si miramos el rostro de la
amada
y cerramos los ojos
para palparlo luego en la
memoria
el fantasma del miedo nos
traiciona.
Por eso los amantes
no se dan nunca nada el uno
al otro
y las manos que recorren los
cuerpos
no persiguen la piel
sino el olvido de la futura
soledad.
Y las caricias se prodigan
no a los cuerpos
sino al vacío de la ausencia
al temor de quedar sin
compañía.*

Así sea como exiguo, efímero paraíso. Inevitable el recuerdo de Jorge Gaitán Durán en la poesía de Méndez.

Miguel Méndez Camacho es un pesimista sensual, lleno de afectos familiares. Él es una excepción que desvirtúa el cultismo de los poetas de su generación y un buen ejemplo de tratamiento de lo erótico. Su tono es coloquial, económico y, en este sentido, opuesto a la exuberancia surrealista de Roca. Sus recursos formales provienen de Neruda, a quien homenajea entusiasmado en *Don Pablo*:

*Señor, doctor, don,
excelentísimo,*

*máster, míster, monsieur, su
señoría
don neftalí, don pablo,
don neruda.
Conste que no me burlo
es el respeto disfrazado de risa
pero no lo soporto
no le permito tamaña
humillación
tan grave ofensa
como escribirle un verso a
la cebolla
y hacerlo bien.
Yo en cambio soy tan torpe
en el oficio
que no puedo hilvanar más de
tres versos
para decirle a la mujer que vivo
esas cosas hermosas que usted
malgasta
en congrios, alcachofas,
perros muertos,
insectos y cebollas.
Maldito usted, don Pablo,
que utiliza palabras
y las deja inservibles.*

Así mismo, con ese tono suyo directo y accesible, les canta a sus padres, a sus poetas tutelares, Gaitán Durán y Cote Lamus, y al paisaje del llano en uno de sus más logrados poemas, *Corozopando*, que termina:

*Y digo que este llano
es una ruina
de algo que no existió.
De algo caído desde abajo
sin llegar hasta el fondo.*

D.J.A.

Barba nuestro que estás en los cielos

Revista del Centenario
de Porfirio Barba Jacob. Santa Rosa de
Osos, Antioquia. Vols. 1-5, 1983

Si no fuera porque, en los directores de suplementos literarios, la celebración de las efemérides llena el lugar que la imaginación ocupa en los demás seres humanos, estos *happy birthdays* no tendrían razón de ser. Tan vacuas, por lo general, son las

efemérides, que a lo mejor necesiten una segunda razón para existir: la sociedad no tolera muy bien a los poetas vivos —a quienes siente como un maíz entre el zapato— y solamente les celebra cumpleaños de tres cifras.

Sin intentar la enumeración taxativa, en Colombia durante 1983 redondearon cumpleaños el nadaísmo (25), Rafael Pombo (150) y Porfirio Barba Jacob (100). Si la efeméride nadaísta confirmó su pervivencia al coincidir con el otorgamiento de los dos premios nacionales de poesía —el Cote Lamus y el Universidad de Antioquia— a un poeta nadaísta, Jaime Jaramillo Escobar, el cumpleaños de Pombo fue más bien lánguido y puede representarse en la exigua antología —18 poemas— que publicó Colcultura y que más parece el desesperado intento de hallar una aguja entre el pajar. La otra efeméride fue el centésimo cumpleaños de Miguel Ángel Osorio, Porfirio Barba Jacob.

Este centenario, el de Barba, por excepción, contradice la vacuidad habitual de las efemérides. Fue ésta una celebración vibrante, en la que emergió el culto al poeta, naturalmente en la prensa, pero de manera especialísima en la multitudinaria celebración en sus dos patrias chicas, con presidente a bordo y remodelación de plazas.

Hubo también ediciones, como las siempre crueles “obras completas”, preparadas por Eduardo Santa, y hasta una mediocre biografía que no logra agregar nada nuevo sobre el poeta en 235 páginas atiborradas de palabras. Y hubo también una Revista del Centenario.

Titular esta publicación así, “Revista del Centenario”, es un acto de modestia. En verdad estos cinco volúmenes rebasan la fungibilidad de las publicaciones periódicas y más bien constituyen en su conjunto una especie de Enciclopedia Barba Jacob: un ejemplar ejercicio de investigación que, al final, culmina en la proeza de haber reunido todo el material relevante sobre el poeta.

El equipo que llevó a cabo esta obra, encabezado por Jorge Garay, estuvo integrado por Jairo Tobón Baena, Elkin Lenis, Mariano Eusse,

Jairo Pineda, Jorge Cárdenas y Alfonso Restrepo.

A lo largo de estos cinco volúmenes se destaca, primero que todo, la estupenda colección de retratos del poeta, un aspecto de las investigaciones hasta ahora muy descuidado en Colombia. Y la muy escogida selección documentaria, que incluye textos desconocidos de Barba Jacob. Está, para empezar, la irrefutable prueba que esgrimen estos santarrosanos para demostrar que Barba Jacob nació en Santa Rosa, cosa que ya aceptan hasta en Angostura, su otra patria chica, donde creció y fue maestro y publicó un periódico y el señor cura le quemó una novela.

Por la jerarquía de sus autores, merecen destacarse un texto publicado por Belisario Betancur en 1946, cuando tenía 23 años, con el esdrújulo título de “Sentido ontológico de la lírica porfiriana” y el de otro presidente, Laureano Gómez, una especie de silogismo-diatriba, con premisas que comprenden, inclusive, una definición de poesía y un código de lo que debe ser un poeta, y con una conclusión tajante: “es indigno de figurar entre las lecturas de personas normales y decentes”. Entre los políticos, está también la contribución de Raúl Roa, el fallecido canciller cubano, que conoció a Barba Jacob y hace una vivísima memoria de él.

Por supuesto, a lo largo de esta vasta obra, figuran textos de los más connotados eruditos en Barba, comenzando por Daniel Arango, Saúl Sánchez, J. B. Jaramillo Meza, Elkin Lenis, Jairo Tobón y Eduardo Santa. Y hay contribuciones de destacados escritores, como Carlos Pellicer, Rafael Maya, Jaime Jaramillo Escobar y Pedro Gómez Valderrama. Y también se incluyen innumerables evaluaciones críticas, la más notable de las cuales sigue siendo la de Hernando Valencia Goelkel, sin contar valiosísimos testimonios, como el anecdotario de Víctor Amaya González y un espléndido reportaje de Pedro Nel Valencia con el único alumno superviviente entre los que recibieron las clases del maestro Osorio en la escuela de Santa Rosa.

D. J. A.